



LA GRAN MENTIRA



Una historia de
MARC BARRIO VILLEGAS

Portada: Marc Barrio
Edición y Maquetación: Marc Barrio

Copyright 2023

Impreso en España por:
Masquelibros SL

LA GRAN MENTIRA



BOLLOCOS DE CHOCOLATE Y MIEL



LAS MERIENDAS SANAS SON DE VIEJA

No recuerdo cuándo fue la última vez que fui sincero. Aun así, la gente cree en lo que digo. Supongo que hay mentiras que contienen mucha verdad. Puede que la verdad sea como las personas, tan solo un cúmulo de mentiras. Desde luego, yo lo soy y, desde luego, no soy el único.

Todos compramos mentiras. Compramos mierda que resulta ser una mierda, pero la necesitamos porque nos define. Son ladrillos para construir nuestra fachada. No escogemos nada por lo que es, sino por lo que queremos que sea y por lo que dice de nosotros. Los amigos, los objetos, las experiencias, nuestros ideales y nuestros recuerdos. Incluso el papel higiénico lo escogemos para responder a la pregunta que a todos nos atormenta: ¿Quién soy?

Dicen que un hombre es la habitación en la que está en ese momento.

Yo estoy en el despacho de mi jefe para enseñarle mi último trabajo: una campaña para bollos de chocolate y miel.

Miky es un buen tipo, aunque vaya de duro. Su enorme cabezón contiene un tupé, una barba afro y un ego descomunal.

Pasa mis propuestas de un lado a otro de la mesa. Veo mis palabras y mis dibujos cruzar los gruesos cristales de sus gafas como las nubes cruzan las ventanas.

Su despacho no sería nada impresionante sino fuera un jardín botánico. De los archivadores cuelgan enredaderas. En cada esquina hay macetas con palmeras. En el escritorio hay un bonsái, una madre selva, una margarita y un cactus. En la ventana hay tres filas de macetas con tulipanes, lavanda, menta y trébol. Aquí dentro hay más plantas que piojos en el culo de un mono. Hay tantas que las puedes oír respirar. Notas cómo te roban el oxígeno y te escupen su aliento húmedo a la cara. La frente empañada como una ventana en día de lluvia. Los sobacos como en una sopa. Por si fuera poco, todo huele a lavanda, a jazmín, a madre selva, a margarita, a hierba recién cortada, a agujas de pino, a tierra húmeda y agua estancada. El único ser vivo que está cómodo aquí dentro es Miky; pero, por la cara de asco que pone, no lo parece.

—¿Qué es esta mierda, Quique? —dice.

—¿A qué te refieres?

—Es todo muy infantil.

—¿Infantil?

Miky me enseña una de mis creaciones. Un león futbolista que corre tras una pelota con los carrillos llenos de bollería industrial y, a su espalda, un puñado de cebras que no pueden alcanzarle.

—A los niños les gustan los leones —digo.

—Los niños ya no compran nada, Quique. No van al

quiosco de la esquina a comprar una revista guarra con los cinco duros que les dan sus abuelas.

—Que a los niños ya no les gusten las tetas no significa que tampoco les gusten los leones.

—A nadie le importa lo que les guste a los niños. —Miky tira mis presentaciones sobre la mesa—. Los niños no se sacan la polla para mear si no les supervisan sus madres. Ellas son los clientes.

Silencio. Un silencio roto por el zumbido del aire acondicionado; por la fricción de los labios de Miky en cada mueca de desaprobación; por el siseo de las plantas soplando humedad en el despacho.

—Bolloloco de chocolate y miel, más sanos que las zanahorias —digo.

Miky recorre su barbilla peluda con la yema de los dedos. La silla bajo su culo cruje como si hubiera aumentado su masa corporal. Por un momento, no sé si lo he dicho en serio o en broma.

—Algo así —dice—, pero sin ser una gilipollez.

Cojo mis propuestas y vuelvo a mi despacho para pensar cómo vender los ladrillos de la obesidad.

Una diabetes en cada caja.

Más adictivos que la heroína.

Mejor que lamer un azucarero.

Vivimos en un momento extraño. Un momento de cambio. Cambiamos los cubatas de ron por los batidos de proteínas. Los coches por las bicis. El tabaco por las ensaladas. Cambiamos

nuestro chándal por shorts fosforitos y vamos corriendo a comprar relojes que no dan la hora. Cambiamos palabras como correr, comprar y bar por otras como running, shopping y after work que molan más. Perdón, que son más cool. El nuevo mundo es entusiasta, sano, positivo. Un mundo sin palabrotas, sin dolor ni conflicto. Un mundo en el que los jóvenes beben gin-tonics con pepino en vez de destrozar contenedores a pedradas. Un mundo en el que el sexo es más que sexo y el amor es poco más que monogamia. Un mundo del que hemos retirado la ira, las críticas, los pezones, las vísceras, la locura, el conflicto y la pasión para que nada ensucie nuestro mundo feliz.

Me siento en mi escritorio y me enciendo un cigarro Sunrise. Mi despacho es tan grande como el de Miky, pero en vez de macetas hay ceniceros; en vez de humedad, humo; en vez de plantas, basura. Lo único vivo aquí dentro soy yo y las cucarachas bajo el linóleo. Dejo mis propuestas en la mesa; entre papeles, recortes, bolígrafos, lápices de colores, gomas, dos ceniceros a rebosar de colillas, libros de marketing, periódicos, latas de cerveza llenas de colillas, un teléfono, una botella de refresco con orín, cinco libretas, clips, celo, dos mecheros que no funcionan, rotuladores de colores, un mechero que sí funciona y varias cajas de pañuelos: una con pañuelos y las otras con más colillas.

A medio cigarro, alguien tira de la cadena en el piso de arriba y las paredes vibran como si por detrás corriera una catarata. Estoy en lo que en algún momento fue el lavabo de la planta trece. La mierda de los diez pisos superiores corre por mis

paredes cada vez que alguien de arriba toma un café. En algún momento, un arquitecto lumbrera convirtió los lavabos de esta planta en mi despacho. Ahora compartimos baño con la catorce y la doce. Creo que por eso Miky tiene tantas macetas.

Apuro el cigarro y lanzo el humo contra la rejilla. El despacho tiene ventilación independiente, recuerdo de cuando era un lavabo. Me lo dieron tras mi primera campaña. Era un licor de manzana que sabía a jarabe. Dejaba un gusto horrible, como a enjuague bucal barato, y la lengua verde. Mucho colorante, poco alcohol, nada de manzana. Nadie cuerdo habría comprado nunca una botella, mucho menos dos. Así que hice lo que hubiera hecho cualquiera: vendérselo a los adolescentes. La mejor manera de convertir un cumpleaños en tu primera orgía. No con esas palabras, pero era la idea.

Si hoy repitiera esa campaña, la red se llenaría de crías con la lengua verde que creen estar borrachas, a mí me despedirían y al estudio lo quemarían en la plaza los inquisidores de la moral y el buen gusto.

Apuro el cigarro hasta el filtro y suelto la nube de nicotina. La silla se queja cuando me reclino en ella; pierdo los ojos en la neblina que se escapa por la rejilla de ventilación. El ascua me acaricia los dedos. El tabaco reposa en mi lengua. La mierda corre por las paredes.

Bolloloco de chocolate y miel, tan dulce que dan arcadas.

El teléfono suena. Tiro la colilla a una de las latas y pongo el manos libres.

—¿Enrique? —Es la voz del doctor Mateo. Siempre habla en

un tono suave, como se les habla a los niños, como si quisiera sedarte con cada palabra—. ¿Puede hablar?

—Tienes toda mi atención —digo y recojo mis presentaciones de la mesa.

—Quería hablarle de la terapia de hoy con su madre.

—Como siempre.

Desecho la idea del león. La primera siempre hay que desecharla.

—No hay muchos cambios. La enfermedad sigue su curso, la buena noticia es que continúan los episodios de lucidez.

No digo nada. En mis manos una docena de bollos me miran con caras de chocolate. La idea de un niño mellado que arranca cabezas de chocolate me divierte, pero también la desecho.

—Como te he comentado, los episodios tienen nexo común. Sería interesante que lo tratáramos de nuevo.

Esta me gusta: un tío enorme, con más músculos de los que existen en el cuerpo humano, unos brazos desproporcionadamente largos, un tupé de mechones firmes y un mentón cuadrado con una sonrisa y nada más. Una caricatura de la estatua griega. Un Atlas carente de esfuerzo; como si el enorme bolloloco de chocolate y miel que tiene sobre los hombros no fuera una carga... Papelera.

—Siempre recupera recuerdos de su pueblo. No consigue decirme el nombre, pero el entorno, las personas, las acciones, todos los recuerdos parecen venir de ese lugar.

Cojo papel y lápiz. Tal vez pueda recuperar la idea del Atlas.

—¿Me escuchas, Enrique?

—Siempre.

Los primeros trazos quedan bien, los músculos son más naturales. Están tensos. Hacen fuerza. Resisten. La postura es más real, las piernas flexionadas, los brazos extendidos y la espalda plana. Es un hombre que puede aguantar cualquier carga. Todo gracias a un nutritivo desayuno.

—Antes de que la enfermedad avance, creo que puede ser bueno para Dolores volver allí.

Descuelgo el auricular.

—Doctor, esta conversación ya la hemos tenido. Tengo mucho trabajo.

—Lo sé, pero realmente creo que...

—Está muy lejos.

—Enrique...

—No volveré. No cambiaré de opinión. No vuelva a llamarme con esa idea.

Cuelgo. Mi Atlas tiene las piernas flexionadas, a punto de ceder, los brazos extendidos le tiemblan, la espalda se le va a partir. En su cara se ve el dolor y la angustia, es la cara de un hombre que está a punto de ser aplastado.

Es viernes tarde. Mientras el mundo se prepara para vivir unas horas de diversión y olvido existencial, yo estoy en el despacho de mi apartamento frente a una pirámide de bollos.

Son enormes supositorios amarillos. Relucientes. La base de chocolate como la suela de un zapato. Una perla de miel en cada punta.

Llaman al timbre y miro el cigarro que humea en el cenicero. Sé que no puedo cogerlo, así que ni me planteo una calada. Abandono los bollos sobre mi mesa y voy a abrir.

Eric siempre me recibe con una sonrisa, aunque tengo que alzar la cabeza para poder mirarle a los ojos. Tiene la constitución de un oso afeitado y va envuelto en un aura tierna, casi infantil. Desprende esa cosa de la buena gente. ¿Cómo explicarlo? Si Eric encuentra una araña en su apartamento, imagino que le dará una comida caliente y la acompañará a la puerta.

Odio que me caiga bien.

—Buenas tardes, Quique. Hoy estamos muy cansados, ha sido un día de mucha actividad, ¿verdad, Dolores?

Colgada de su brazo como una bolsa de tela, Dolores asiente a Eric con una sonrisa. Una sonrisa ida, de yonqui. La clase de sonrisa que tienes cuando tu cabeza vacía está rellena con toda clase de fármacos psicotrópicos. Si asiente, es sólo por imitación. No entiende lo que es asentir como tampoco entiende lo que dice Eric.

—¿Cómo estás, mamá? —digo y extendiendo un brazo. Eric me pasa las manos de mi madre como si estuviera entregándome un halcón.

—Hoy lo hemos pasado muy bien. Hemos terminado todos los ejercicios.

Tiene gracia que Eric la trate como a una niña. Si la hubiera conocido con cincuenta años, si la hubiera conocido antes de que empezara a perder recuerdos, mi madre le habría echado tal polvo que no se habría levantado en dos días.

—¿Cómo estás? —repite Dolores como un loro.

—Bien, mamá —digo. Era una mujer alta, recuerdo no ser capaz de levantar los ojos para mirarla cuando era niño. Ahora no lo es. Los años le han curvado la espalda en una interrogación. Tiene un montón de ceniza por moño. La piel le cuelga de los pómulos y la barbilla, como si no tuviera fuerzas para retenerla en su sitio—. Gracias, Eric. Pasa un buen fin de semana.

Cierro la puerta. Mi madre se desengancha y corre por el pasillo a pasitos. Las neuronas en su cabeza son como las piezas de un puzle en una lavadora. Un caos de colores y formas, de pensamientos y recuerdos que no tienen ningún sentido. Su cuerpo es lo contrario. Parece escuálida y frágil, pero tiene la fuerza y resistencia de cualquier adulto. Creo que el fusible que mide el cansancio también se le ha fundido.

La rodeo con el brazo antes de que entre en mi despacho y la guío al salón. Mi madre va todos los días al centro de cuidados. Allí le dan de comer y la medicación. Tienen un jardín para estar al aire libre cuando el tiempo lo permite. La bañan. Hacen ejercicios para mantenerlos fuertes, para que no se atrofien los músculos, para que no olviden cómo se camina.

Tras el día en el centro, Eric la trae. Una vez en casa continúo con su rutina. La siento en el sofá y le pongo una

selección de videoclips de los años 70 y 80, grupos de la movida, djs de la ruta del Bakalao, música de su juventud. Antes seguía el ritmo con la cabeza o las manos, ahora sólo mira la pantalla. Los colores del televisor le pintan la piel blanca de azul, de rojo, de verde y ella sólo mira. La música suena por todo el apartamento. Me persigue con su mirada mientras le preparo la cena, le hago la cama o le pongo el pijama. Ella sólo mira. Mira con ojos huecos a los que no llega ningún recuerdo. Ojos como una tele sin señal. Después de acostarla me sirvo una copa con la cena. De postre más copas hasta quedarme dormido.

En el televisor del salón, Loquillo canta algo de la ladera del Tibidabo. Yo preparo una tortilla con cebolla en la cocina. Los acordes de la guitarra y las estrofas se diluyen en el crepitar del aceite.

—Tendrías que verle, todo el día dando por culo. —Es una voz rasgada por el tabaco, con notas agudas como un violín desafinado.

Salgo de la cocina y la veo en el sofá, sentada como si se hubiera tirado a él después de estar toda la noche bailando. Sujeta un cigarro invisible y mantiene una conversación con el sillón de al lado. Un sillón vacío.

—No tiene cabeza y no sé si algún día la tendrá.

Mi madre da una calada imaginaria. Me acerco a ella despacio. En la batidora de su mente de tanto en cuando dos neuronas encajan y vuelve a ser ella. No exactamente. Vuelve a

ser una ella del pasado. Como si a través de su mente pudiera viajar en el tiempo. Como si la visitaran los espíritus de las juergas pasadas, de los amantes perdidos, de los amigos olvidados.

Me quedo junto al sillón, en su línea de visión. Pero para ella no existo. La única realidad es la que su mente proyecta.

—No sé por qué estás empeñado en conocerle —dice.

Como si me estuviera colando en una bañera de agua hirviendo, me siento en el sillón. Por un momento veo sus ojos centellear como dos cables pelados, hasta que me acepta en su delirio y recuperan la vida.

—¿No dices nada? —dice.

—¿Qué debería decir?

No sé quién soy, ni sé de qué hablamos, pero continúo con la fantasía. En la cocina, la cebolla se quema. En el televisor, Alaska le canta al mundo que no le importa lo que piensen de ella. En el sofá, mi madre fuma un cigarro inexistente.

—Algo tendrás que decir.

Busco en mis recuerdos algún momento parecido, algo que me permita adivinar el rol que he de adoptar. Lo único que quiero es tiempo.

—Olvidemos eso. ¿Qué tal estás tú?

Mi madre se ríe como un pirata desde lo alto del mástil. Cuando termina, se inclina adelante. Si tuviera escote, le vería hasta el ombligo.

—¿Cómo estoy? Estoy jodida. Por si no tuviera bastante, vienes aquí, ¿a qué? No vas a vivir aquí, no vamos a formar una familia, no vas a llevar a Quique al colegio por las mañanas.

Me quedo quieto. La lista de amantes de mi madre cruza por mi mente.

—¿Por qué lo crees?

—Lo sé. Te conozco. Ahora estás aburrido y has vuelto, pero volverás a irte. Lo necesitas, no se te puede atar. Por eso nunca lo intenté.

—Puedo ser un padre para Quique.

Sí, soy como un parásito en la mente de mi madre. Una sanguijuela que ocupa el lugar de un fantasma que ni siquiera sé quién es. Todo para hablar con ella, puede que por última vez.

—Eres su padre, eso nunca te lo podré quitar.

Silencio. Un silencio roto por la cebolla que arde en la sartén, por los electroduendes que cantan en la tele. De todos los hombres que podía ser, tenía que ser él. El bombero, el capitán de barco, el muerto, el desaparecido, el minero, el camionero. El que no nos quería. El que tenía otra familia en México. El desconocido que la preñó en el baño de una discoteca y del que no recordaba ni su cara. El moribundo que me concibió como última voluntad. El hombre que esta zorra manipuladora me ha ocultado toda la vida.

—¿Por qué lo alejaste de mí? —digo.

—Mi hijo no vivirá en una caravana camino de ninguna parte.

—¿Quién eres tú para tomar esa decisión?

—Soy su madre.

—¿Mi opinión no cuenta?

—No.

Da una calada de su cigarro imaginario. Yo aprieto los puños contra las rodillas. La tensión me sube por los brazos hasta clavármese en el codo. Sentimientos que creía superados aparecen de nuevo, como una presa que se desborda y lanza litros de bilis a mi estómago. La miro deseando verla explotar. La cara pálida y el pelo enmarañado y lacio como una muñeca despeluchada. Las manos finas como garras, trémulas como sus piernas. Puede que se comporte como una puta arrogante, pero ya no hay nada en su interior. Sólo es una carcasa que guarda un puñado de recuerdos inconexos.

Respiro profundamente, relajo los brazos y recuerdo la pregunta que siempre me ha atormentado.

—¿Quién soy? —digo.

La pregunta impacta en la mente de mi madre como una pelota de tenis contra un espejo. Sus ojos chisporrotean como una bombilla a punto de fundirse y su boca se cae lentamente hacia la barbilla. El cigarro imaginario desaparece.

—¿Quién soy? —dice.

Mi madre duerme en su habitación, hasta arriba de pastillas. Yo sujeto un vaso hasta arriba de whisky. Una colilla humea en el cenicero. De la pared cuelga el óleo de un Dj melencólico pinchando sobre un mar de colgaos, Lola firma la obra. En la mesita del salón descansa una caja de cartón. Tiene las esquinas dobladas y la boca llena de cinta; como si la hubiera abierto y cerrado una y otra vez.

Sujeto la esquina de un sobre, el resto del cual se convirtió en ceniza hace ya muchos años. El sello de Ibiza sobrevivió al fuego. Las cinco mil pesetas que había en el interior las gasté. La postal con una tía desnuda la destrozó mi madre cuando la encontró.

En ella no había ninguna dirección, ningún teléfono, ni siquiera un nombre. Nada que me diera una pista. Si llegué a encontrar el sobre, fue porque abrí el buzón antes que ella. No sé cuántas cartas llegaron.

Guardo el pedazo de papel en la caja, con todo lo demás. Las fotos, un peluche, una entrada de cine, una goma del pelo, felicitaciones de Navidad, un reloj de cinco duros que se podía comprar en el quiosco, una colilla con manchas de carmín, una camiseta y una ristra de otros recuerdos. En definitiva: basura.

Me termino el trago. El eco del teléfono aparece en algún lugar de mi nuca, mi subconsciente ebrio me arroja las palabras del doctor como un niño que tira piedras a las palomas.

Volver al pueblo. Recuperar los recuerdos. ¿Para qué? Antes era demasiado pequeño para darme cuenta, pero no creo que fuera feliz en ninguno de los momentos que pasó allí. Era como si estuviera en una cárcel. Sí, tenía un amplio patio en el que jugar, pero estaba condenada a ver siempre las mismas calles, las mismas caras, los mismos días. Los ha olvidado porque cómo no los iba a olvidar. ¿Qué hay que merezca la pena ser recordado? Podría haberse ido si no fuera porque estaba encadenada. Ella quería correr, pero tenía los pies hundidos en cemento. Yo soy la cadena y el cemento y otras muchas cosas que me decía siempre que podía. La verdad es que no era muy ingeniosa.

Relleno la copa.

¿Y si recordara? Pasaría unos días amargada, frustrada; sería esa mujer llena de planes a la que le salió todo mal cuando algo le salió por el coño. Ahora parece feliz. O por lo menos ignora que es infeliz, lo cual es parecido. ¿Tengo derecho a negarle eso sólo para hablar con ella de verdad? Aunque lo hiciera, sólo conseguiría otra bronca. Siempre tuvo mal genio y yo no he mejorado con los años.

Dejo el vaso y miro en el interior de la caja. No hay nada de mi primer beso, ningún primer premio, nada de ese viaje que me cambió la vida o de aquel amigo que siempre estuvo a mi lado. Solo guardo las cosas malas. Las guardo todas en una caja de cartón, que tiene peor aspecto que una puta portuaria, para, de vez en cuando, abrirla y recordarme las mentiras que me cuento a mí mismo.

Pienso en mi madre y en la suerte que tiene de poder olvidar. La envidio porque ella ha dejado todo atrás y sigue con su vida. Envidio a una mujer que se mea encima si no la llevo al baño a su hora. La caja se arruga bajo la presión de mis manos, se le abren nuevos agujeros, gruñe de dolor y suelta una estela de mierda cuando la lanzo contra la pared.



Era la noche de graduación en el instituto. Ese momento en el que tu vida se ha acabado, pero aún tienes toda la vida por delante. La Gran Noche. Amigos, compañeros, la clase entera celebraba que había completado con éxito la primera etapa de su vida. Para algunos la mejor, para otros muchos la peor. En cualquier caso, todos teníamos algo que celebrar.

El plan era cenar y luego fiesta en una discoteca camino de Algemés. Tenía grandes planes, pero, como siempre que hago planes, se desmontaron poco a poco. Lentamente me convertí en un pelele que contempla, con cara de idiota, cómo la vida desmonta los planes pieza a pieza.

—Cuando me pedisteis que hiciera el brindis en la cena, pensé: ¡Joder! ¿Por qué han tardado tanto? —Estaba en el lavabo del restaurante que habíamos reservado—. Ahora que todo termina, toca preguntarse: ¿qué pasará? Pensad en esta noche como un comienzo, no como un final. Un comienzo que podemos resumir en una pregunta: ¿Quiénes seremos dentro de unos años? ¡Joder! Cuántas preguntas que hago, ni que fuera un examen.

Conté los signos de interrogación en mis notas, hoja tras hoja. Fue cuando pensé que quizás no había escrito suficientes páginas.

La puerta del lavabo se abrió de golpe y Esteve entró rodando como una avalancha. Esteve era mi mejor amigo, más de noventa kilos de bonachón optimista y sonriente, veía la vida como un bollo de chocolate y se la comía a dos carrillos. La verdad, a día de hoy, no sé decir si era un completo imbécil o si se pasaba el día vacilándome.

—Te encontré. —Me apuntó con una botella de cazalla—. ¿Te buscaba?

—No lo creo.

Esteve soltó una risotada que desencajó todos los azulejos de la pared. Cuando se percató de que yo no le veía la gracia, intentó controlarse.

—Es la primera vez que te veo con apuntes. —Dio unos pisotones como si intentara alzar el vuelo—. Un poco tarde para querer aprobar, Quique. ¿A quién se los has quitado? Nunca te he vist fer nada que no sea un dibujo.

—Es el brindis. —Agité los papeles delante de su cabezota—. Largo, que estoy ensayando.

—¡Oh! Disculpe, señor importante. ¡Di cualquier cosa!

—No puedo.

Cogí la última página de mi brindis. Nadie más lo sabía, pero no era un brindis. Llega un momento de tu vida en el que miras atrás y no te reconoces. Piensas en hace cinco años, en hace catorce meses, en hace treinta días, y no sabes quién es ese

crío de tus recuerdos. Llega un momento en el que te miras al espejo y ves filtrarse por tus ojos un enorme vacío que te brota del pecho y te ancla las rodillas al suelo. Ese mar de absoluta inexistencia, de oscuridad perpetua, te envuelve como una mortaja y quieres cerrar los ojos y fingir que no existe. Lo llenas de gente, lo llenas de objetos, pero nada lo llena. Te miras al espejo y no sabes quién hay al otro lado y tienes miedo de que no haya nada, de estar vacío. Piensas en el futuro y el vértigo se apodera de ti antes de llegar a los cinco años vista. Quieres mirar más allá, pero sólo ves oscuridad y entonces se enciende un faro y te marca el camino. Surge de repente, como algo que siempre había estado ahí y en lo que nunca habías reparado, algo que descubres poco a poco. De eso iba mi brindis. Después de los chistes malos, de las anécdotas que nunca se contarán en el trabajo, de las bromas a costa de los compañeros, había una declaración de amor para la chica que me infundía esperanza y cuya compañía me atormentaba todos los días.

Esteve estaba sentado con la espalda contra la pared. Respiraba como lo hacen todos los gordos cuando han de subir una ligera pendiente. Llevaba un buen rato diciendo no recuerdo qué mientras yo repasaba la parte final de mi brindis. No me había escuchado, no paraba de hablar, salvo para beber cazalla.

—Date prisa, Quique, no tenemos toda la noche. —Bebió—. Tenemos que eixir.

—Estoy nervioso, joder, muy nervioso.

Le quité la cazalla de las manos y dejé que fluyera.

—A nadie le importa el brindis, tío. Haz como siempre, lo que todos quieren. Ix, haz el capullo y vamos a pasarlo bé.

—Tengo que hacerlo, quiero hacerlo, Esteve.

Le di la botella, que apenas pesaba, pero el muy capullo no bebió.

—Como quieras —dijo—. Pero no te alargues. Algunos tienen prisa. —Zarandéo la botella como una batuta—. Noelia, por ejemplo, después de la cena va con ese rollo suyo. ¿Cómo se llamaba?

—Pol —dije.

Le quité la botella. La cazalla me regó el gaznate, le prendió fuego y convirtió mi estómago en una marmita burbujeante. Luego la tiré con mis notas del brindis. Esperaba que se rompiera, oír los cristales desmenuzarse en mil pedazos como un corazón roto, pero no lo hizo. Son buenas las putas botellas de cazalla.

—Tranquilo, Quique. No te dolerá siempre.

Así era Esteve cuando bebía demasiado, un filósofo de barra tirado en el suelo de un lavabo.

Cargaba con el calor de la noche de verano como si llevara a la espalda una enorme bolsa de agua caliente. Por las calles del pueblo se arrastraban la pesadez y el tedio, típicos de los pueblos pequeños, como una gigantesca babosa capaz de matar de aburrimiento a cualquiera que tocara. La carretera estaba trazada con una regla. Apenas se distinguía en la oscuridad porque nadie se preocupaba de cambiar las farolas que se estropeaban. Siempre escuché historias de cómo los coches pasaban por aquí a toda

velocidad, cargados con jóvenes con más química en el cuerpo que un laboratorio de anfetas y menos horas de sueño que unos padres primerizos. Las discotecas de alrededor disparaban ráfagas de luz contra el cielo nocturno y la brisa traía los compases de la mejor música electrónica de Europa. Ahora, todo es silencio y oscuridad. Huertos de naranjos y carreteras vacías.

Recuerdo pararme en mitad de la calle y mirar al infinito. El restaurante estaba a la entrada del pueblo, así que desde su puerta veía el pueblo terminar de golpe frente a un mar de naranjos. La carretera los partía en dos y se iba tan lejos que era imposible verla. No era la primera vez que deseaba coger ese montón de asfalto y no volver, pero sí era la primera vez que sentía que nada me lo impedía.

—¿Qué haces aquí tan solo?

Noelia tenía el pelo negro cortado sobre los hombros, lacio y tieso como si estuviera congelado en mitad de un vendaval. La sonrisa le inflaba los pómulos y tenía dientecillos de ratón. Siempre tuve la impresión de que era más alta que yo, aunque ella lo negaba.

—Te están esperando dentro —dijo.

—Seguro que pueden esperar más.

—¿Es un truco para tu brindis? —Miró el reloj—. No tardarán en irse.

Noelia se volvió hacia mí. Sus ojos me atravesaron para llegar a la carretera. Volvió a mirar la hora.

—¿Llega tarde? —dije.

Sacó un cigarrillo. La llama del mechero le iluminó la cara como el sol del atardecer. La piel le brillaba como la superficie del mar y tenía las pestañas negras, afiladas como espinas.

—¿Quién llega tarde? —dijo.

No dije nada. Me quedé ahí plantado con mi cara de “no me vaciles que lo sé todo”. Ella no reaccionó lo más mínimo.

—Deberías irte. Va a ser una noche única.

—Pero te vas —dije.

—La viviré de forma distinta.

El humo le escapó del interior como un espectro que abandona un cuerpo. Extendió el brazo hacia mí, el cigarro colgaba entre los dedos.

—No fumo.

—Hoy es una noche de primeras veces.

Recogí el cigarro. El calor del ascua me picaba la piel. En el filtro relucía un rubí de carmín. La primera calada fue horrible. El humo me inundo la boca como un chorro de agua hirviendo, un agua con la que había limpiado la ceniza de un incendio. El pecho se me encogió y tragué una bola de papel de lija. Lo saqué todo fuera entre toses y retortijones. Con la poca dignidad que me quedaba, le ofrecí el cigarro, pero lo rechazó.

—Acábatelo.

Respiré profundamente y dejé el cigarro consumiéndose en el aire. La garganta se me había secado y me ardía el pecho.

—¿Y si no puede venir? —dije.

—Vendrá. Es la única noche en que mis padres no se preocuparán de dónde estoy.

—Deberías ir a la fiesta. Nunca más harás una fiesta de graduación.

Noelia cayó sobre mí como un ave de presa. Me abrazó. Su corazón latía contra mi pecho, su aliento acarició mi cuello. Mi respiración se ahogó con el aroma de su pelo. Sus dedos se clavaron en mi espalda.

—Pásalo muy bien esta noche.

La calle se iluminó con los faros del coche que acababa de llegar.

—Ya me contarás qué tal la noche —dijo.

—Y tú —dije, idiota.

Noelia me soltó. Sus manos se separaron de mí como si me desvistiera de un manto de seda. Caminó hacia las luces y se convirtió en un brillo más. Luego todo se volvió oscuridad.

Durante unos segundos sentí el eco de su calor contra mi piel. En mi mano el cigarro era casi todo filtro. Lo llevé a mis labios y aspiré hasta quemarme los labios. El humo me infló la cabeza y me cubrió la mente de niebla.

Llaman a la puerta a las seis y media de la mañana de un puto sábado. Sobre la mesa hay un vaso cubierto con una costra de whisky. El comedor apesta a alcohol y ceniza y he babeado toda la noche sobre los cojines del sofá. El suelo está cubierto con toda la basura que guardaba en la caja. Vuelven a llamar a las putas seis y media de la mañana de un puto sábado.

Me arrastro como puedo hasta la puerta y me asomo a la mirilla. Nada. Negro. Joder. Respiro profundamente y me resigno a dejarla entrar.

Pam me da un enorme abrazo antes siquiera de darme los buenos días. Noto su cuerpo cálido y el olor juvenil de su pelo.

—Te echaba de menos —dice y me da un beso húmedo, pero tímido, esos que dan las chicas jóvenes.

Porque Pam es muy joven, tanto que prefiero olvidar cuántos años le saco cuando los cuento y los suficientes para que los utilice de broma contra mí.

—¿Habíamos quedado? —digo con la garganta seca por el alcohol y el tabaco.

—No exactamente. —Pam va al salón, lleva una mochila al hombro. Una mochila enorme.

En el salón, Pam aparta el cenicero y el vaso de la mesita con asco, como si fuera a contagiarle algo incurable y horrible. Deja la mochila en el sillón y se sienta en el sofá. Lleva el típico maquillaje de chica que sale de fiesta, sólo que el suyo ha sufrido una noche de baile, copas y vete a saber qué más. Tiene el rímel corrido, seguramente por llorar, y los labios aún conservan motas rojas. El pelo negro suele caerle en cascada hasta rozar sus hombros claros, pero ahora lo tiene todo alborotado y lleva unas deportivas que no encajan con el vestido. Imagino qué ha pasado, pero prefiero no saberlo.

—Voy a hacer café, ¿quieres?

—¿Puedo quedarme aquí?

Pam me mira con sus enormes ojos de panda, su cara

mofletuda, aunque no le sobra ni un quilo, su naricilla enrojecida. Es como una niña que te convence de llevarla a la juguetería, un truco que conozco de sobra.

—No —digo.

—¿Por qué?

—Vete a casa, Pam.

—No puedo volver.

Suspiro ante la misma historia otra vez. Busco mi cartera entre toda la mierda del salón. En un primer vistazo encuentro doscientos pavos. Saco cincuenta.

—Coge un taxi —digo.

—No lo entiendes. —Sí, lo entiendo, no soy imbécil—. No quiero volver a casa.

—¿Qué has hecho?

—Mis padres y yo hemos discutido. Me he ido de casa.

—Y te vienes a la mía.

—No tenía dónde ir y tú y yo...

—Mira, no puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no?

Me mira con sus enormes ojos de panda. En ellos asoman las primeras lágrimas, brillan como los hielos en el whisky. Pienso en ser sincero, decirle que se vaya, que sólo ha sido una más, que no quiero que esté aquí, que sólo me gusta porque me recuerda a alguien, que quiero estar solo, que este no es su sitio; pero no puedo. No sé cómo va a reaccionar, no sé qué pasará y, de alguna manera, no quiero decepcionarla.

—Porque acabarás volviendo a casa.

—Claro que volveré. No me trates cómo a una niña —dice—. Necesito un sitio donde esperar a que se calme todo, nada más.

—Haberlo dicho antes. —Saco cien pavos de la cartera—. Vete a un hotel. Vuelve a casa el lunes.

Ahí está, la decepción en su mirada, como un fantasma que me persigue.

—¿Por qué no puedo quedarme?

Suena mi móvil. Enseguida abandono a Pam para atender la llamada. Número desconocido.

—¿Quién es?

—Buenos días, busco al señor Enrique Bonilla.

—¡Oh, qué sorpresa!

—No lo hagas —dice Pam y se levanta del sofá, cómo si pudiera intimidarme—. No te atrevas. Otra vez no.

—Le llamo porque no le vimos ayer —dice el móvil—. ¿Va todo bien?

—Todo va genial. Todo controlado —digo—. ¿Quién habla?

—Llamo del ayuntamiento de Alcázar del Xúquer.

—No finjas una llamada cuando te pido ayuda.

Tapo el teléfono.

—Disculpa, no es una llamada falsa, es totalmente real.

Vuelvo a escuchar.

—... hombre del año. Queremos confirmar que recogerá el premio.

—Disculpe. ¿Qué? —digo.

Pam se desploma en el sofá, hunde la cara en los cojines y solloza.

—¿Podrá recoger el premio mañana? —dice el móvil.

—Por supuesto —digo.

Tras colgar me acerco a Pam. Me siento en el respaldo del sofá y le acaricio la cabeza. Ella se aparta y descubro el cojín pringado de maquillaje, tendré que tirarlo.

—Déjame —dice.

—Pam, escucha —digo—, no es que no quiera tenerte aquí, pero tengo que irme y no puedes venir conmigo.

—Eres un mentiroso.

—Acaban de llamarme. Es un asunto de trabajo. ¿Por qué me iba a ir si no?

—Mentiroso.

—Te aseguro que no voy a estar en todo el fin de semana. En cuanto te vayas, me pondré a hacer la maleta.

—Deja que me quede. No tocaré nada. ¿Dónde voy a ir?

Saco la cartera y cojo cien pavos.

—Vete a un hotel. Un buen hotel. Relájate. Piensa. Deja pasar el tiempo y vuelve a casa el lunes. ¿Vale?

—Vale. —Pam coge el dinero.

De alguna manera siento que algo se ha roto, que es una despedida. Recoge su mochila del sillón y va hacia la salida.

—Pam, espera —digo.

—¿Qué?

Me acerco a ella y le doy los otros cien pavos.

Ahora mismo podría estar en casa con un whisky en la mano y una mujer entre las piernas. Podría trabajar tranquilo, ir